(Impreso 15-Agosto-1913.)

ENRIQUE DE LA VEGA

a-2-25 f

Madroños.

:: Versos recomendados en el ::
Concurso de "El primer libro,,
::: abierto en 1911 por la :::
Academia de la Poesía Española.

BIBLIOTECA NACIONAL

Rey 2222

MADRID
SOCIEDAD ANÓNIMA EDITORIAL
Calle de San Marcos, 42.
1914

4115122

MCD 2022-L5

ENRIQUE DE LA VEGA

MADROÑOS

(Segunda edición.)

Precio: UNA peseta.

RENACIMIENTO
MADRID

IMP. DE FELIPE PEÑA
CRUZ, PIZARRO, 16.

MCD 2022-L5

4074

MCD 2022-L5

(Impr. en 13-agosto-1915.)

ENRIQUE DE LA VEGA

a-2-25 f

Madroños.

:: Versos recomendados en el ::
Concurso de "El primer libro,,
::: abierto en 1911 por la :::
Academia de la Poesía Española.

BIBLIOTECA PÚBLICA

Rey 2222

MADRID
SOCIEDAD ANÓNIMA EDITORIAL
Calle de San Marcos, 42.
1914

4115122

MCD 2022-L5

Imprenta de Felipe Peña Cruz, Pizarro, 16. — MADRID

MCD 2022-L5

A mi casi hermano

Enrique García Herreros,

con toda mi alma.

MCD 2022-15

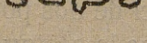
Indice general.

	Págs.
Cuatro palabras	7
Autosemblanza	8
Sonetos	12
A una mujer (cien tarjetas postales)	22
Juegos literarios	44
Discurso del Ateneo	52
Trabajos periodísticos	72
La poesía en las cartas	108
Despedida	25

MCD 2022-L5

Cuatro palabras.

Quizás no debo presentar ahora
mi oración académica, mis breves
crónicas periodísticas, ni menos,
mis cartas personales; pero como
al formar este libro he procurado
sólo dar a la estampa mis mejores
versos, creí que aquéllas no estarían
muy mal aquí, por ser de cuanto he escrito,
lo más ágil tal vez. Van a la zaga,
mereciendo, a mi juicio, el primer puesto.



Autosemblanza.

¿Se puede?

Al presentarme como joven bardo,
esta pregunta del lector aguardo:
—Pero ¿usté es literato, por ventura? —
Y yo pienso decirle con finura:
—Sí, señor; por Ventura y por Ricardo.

Don Alfredo Vicenti me ha pedido
mi autosemblanza en verso y mi cabeza,
¡pues me tiene por miembro distinguido
de la brillante juventud que empieza!
Y, es claro, incontinenti,
cojo pluma y papel, y aquí, sincero,
previas las gracias al señor Vicenti,
voy a volcar mi corazón entero.

Hijo y nieto nací de dos poetas,
y poeta seré; yo os lo aseguro.
Al arrullo de octavas y cuartetas
llenas de sal en casticismo puro,
soñé. Crecí, y, en soledad amiga,

me enseñaron a hablar. ¡Dios los bendiga!
Hoy, ya, con padre tal y ese abolengo,
oigo decir que el apellido obliga,
y a hacer honor a mi apellido vengo.

—

No he de ser yo quien rompa
la dinastía intelectual de Vega,
y a ornar, si puedo, voy, con nueva pompa,
el áureo trono que mi Rey me lega.
Desconocido soy. Vivo en mi torre;
pero un ¡Enrique! ensalzará la Fama;
que Príncipe he nacido y ya se inflama
la sangre real que por mis venas corre.
De esa casa inmortal (cuya corona
pienso a mi sien ceñir, ya sé yo cómo)
la historia seguiré, y en mi persona
tendrá el historiador el tercer tomo.
Lector mío, perdona
si ves en esto vanidad y orgullo,
y déjame soñar, como soñaba
cuando niño, al arrullo
de aquella clara voz que me educaba.

—

No hay que decir que el pensamiento mío
sobre la corva escena tiende el vuelo,
donde mi padre ayer y antes mi abuelo
mostraron bien su lozanía y brío.

MCD 2022-L5

Fuerte mi padre, con el ansia noble
de honrar al suyo, le aventaja en estro;
pero el hijo que vuela, al subir doble
hace a su padre honor y a su maestro.
Pues bien; yo he de hacer todo
lo que en mi pluma esté, del mejor modo,
por dejar a mi padre rezagado.
Presentarme apocado
fuera tirar mi nombre por el lodo.
El gran Lope de Vega tiene corta
la talla para mí como enemigo.
¿Que a mi generación no dejo absorta?
¿Que no llego hasta Lope? No me importa.
Vaya el «Lope» con Dios si «Vega» sigo.
Salgo a luchar. Mi corazón estalla
con férvido entusiasmo indescriptible.
(Si falta el entusiasmo, es imposible
salir ni medio bien de la batalla.
Para dejar el campo aunque no sea
más que medianamente satisfecho,
es preciso llevar a la pelea
el aliento de César en el pecho.)
Mucho pienso escribir. En mis asuntos
la vida latirá, dulce o bravía;
y ha de participar toda obra mía
de la Comedia y del Sainete, juntos.
¡Oh, Dios, qué triunfo el mío y qué gran paso

si se une allá en el Templo de Helicona
Pepa la Frescachona
con *El hombre de mundo,* y yo los caso!
Haré reir a veces; llorar otras.
¿Quién, para hacer reir, no halla al instante
los materiales en su propia vida?
A aquella moza que encontrome errante
y agua en su boca me ofreció, encendida;
a aquel que con su charla entretenida
mi tristeza alegró de caminante,
lleno de gratitud yo les prometo
darles un rato de reir discreto.
Y para hacer llorar... mis penas guardo.
He llamado al dolor, y a mí ha venido.
Como arroyo entre flores escondido
suena entre mis donaires y mis chistes.
Muchos, cerca de mí, no le han oído...
¡Ya, ya le oirán, y se pondrán bien tristes!

—

Y pongo fin a la semblanza mía.
Mi vida literaria aquí comienza,
y, o soy un escritor de gran valía,
o no tengo vergüenza...
Y sin vergüenza, ¡ah, no!, no viviría

El Liberal, 1908.

MCD 2022-L5

Sonetos.

Más allá...

Huésped de un chozo en la rocosa altura
y de un rico palacio en la arboleda,
pido y me dan amor, bosque, roqueda,
chozo y castillo real. ¿Qué más ventura?
A un lado el mar azul. ¡Cuánta hermosura!
Gozaré de este sitio lo que pueda.
De un cipresal arranca una vereda
—que aun no he pisado—misteriosa, obscura...
¿Dónde irá este camino? ¡Qué me importa!
A más bello lugar es imposible.
Triunfe yo, pues, aquí. La estada es corta.
Pero quizás es punto de partida
para un sitio mejor. ¡La duda horrible
no me deja gozar!... Tal es mi vida

La montaña y el mar.

Hombre de tierra soy. En luminosa
noche crucé la mar; desde la nave
vi abajo el agua en movimiento suave...
y el alma mía se elevó orgullosa.
Y del seno del agua bulliciosa
vi al sol surgir, majestuoso y grave.
No había nada sobre mí, ni un ave;
sólo las nubes de color de rosa.
Pero no soy marino. Subo al monte,
y, cercano del sol, ardo en su lumbre;
y a más de dilatarse el horizonte,
si en el mar sobre mí sólo está el cielo,
sobre el cielo me pone la alta cumbre
viendo a mis pies las nubes por el suelo.

¡Dios mío!...

Dime, Dios mío, si tu amor conservo,
si amar la forma que nos diste es malo.
Porque cuido mi cuerpo y me regalo
dicen que soy un pecador protervo;
que tn sublime ley en nada observo;
que soy basura y que su hedor exhalo,
y que llego a creer que a tí me igualo,
en mi orgullo ridículo de siervo.
Quieren que a nada humano me aproxime;
que en tu divina esencia me diluya;
que desprecie mi cuerpo y le lastime;
que torture mi carne y la destruya...
Yo no me atrevo a profanarte; dime:
¿No me has hecho, Señor, a imagen tuya?

De criminal a héroe.

Mató, ciego de amor, a su adversario,
y le metieron en la cárcel luego.
Asesino vulgar... ¡Amaba ciego!
Fué una mujer quien le hizo presidiario.

Al saber que a su patria un emisario
la guerra declaraba a sangre y fuego,
en nombre de otra patria, elevó un ruego
para salir en filas, voluntario.

Sobresalió en la lid; luchó con bríos;
y él dió el triunfo a su patria, que, gloriosa,
vió la sangre rival correr a ríos.

Y fué aclamado Príncipe en agrestes
cimas, en gracia de la sangre odiosa
que hizo verter a las contrarias huestes...

Lápida.

Con los brazos en cruz, a Dios abiertos,
en estas quiebras, bajo el sol fecundo,
días y días, inquietando al mundo,
hubo un puñado de españoles muertos.

Moros del Rif, por el canchal cubiertos,
en fiero asalto que duró un segundo,
muerte les dieron con rencor profundo,
pronto saciado en los despojos yertos.

Y aquí quedaron en mortal reposo,
sin llanto amigo ni oración alguna,
al pie de esta montaña hechos pedazos,

su luz vertiendo en el barranco umbroso
noches y noches la morisca luna
sobre la cruz de sus abiertos brazos.

Las armas naturales.

El pico del condor rasga, punzante.
Temible en su tamaño es la ballena.
Muestra sus dientes la insaciable hiena;
sus puntiagudas astas el rumiante.
Enturbia el agua el pez. El elefante
sabe aplastar. La víbora envenena.
Y el insectillo volador que suena,
clava el rejón sutil y huye al instante.
Dios, que ha armado a los brutos de mil modos,
al Hombre sólo la «razón» le ha dado:
arma capaz de aniquilar a todos.
Vence con la «razón»; pero la pierde,
y el racional, entonces, desarmado,
pincha, y aplasta, y envenena y muerde...

A un cirujano solterón.

¿Que conoces muy bien, dices a voces,
a la mujer, y su valor ignoras?
Del alma femenina, ¿qué atesoras,
si todas ante tí pasan veloces?

Cásate, y en tus penas y en tus goces
aprenderás con ella, a todas horas,
que negras, blancas, siervas y señoras,
todas iguales son. No las conoces.

Estudia en una a todas. Es abismo
el alma femenina, y te interesa
verle con toda claridad, lo mismo

que ves con el mandil del cirujano
sobre el cuerpo de un hombre en una mesa
todo el difícil organismo humano.

Un español.

Alterna el pan francés con el de Viena.
Macarrones almuerza a la italiana.
Bebe cerveza Pilsen alemana.
Con cigarrillos turcos se envenena.
Viste de paño inglés, que es tela buena.
Juega siempre al *foot-ball* por la mañana.
Unicamente por Verlaine se afana..
Solamente Tschaikowsky le enajena.
Y siempre al ver la enseña de Castilla
descubre su cabeza conmovido...
¿No la vería con mirada fosca
si le atracaran ahora de Zorrilla,
Chueca, puros de aquí, Jerez, cocido,
tejido catalán y pan de rosca?

El idioma universal.

¿Yo aprender otro idioma? ¡Ca! Ni en broma.
Para vivir me basta el castellano.
Lo interesante del comercio humano
se dice aquí como en Berlín o en Roma.
Para hablar, el amor, ¿qué voces toma?
El hombre y la mujer, ¿miran en vano?
¡Oh, idioma de los ojos, soberano,
divino, eterno, universal idioma!
Una inglesa sensual, de labios rojos,
me ha dicho que me quiere con los ojos;
lo que repuso mi mirada omito;
el ceño del marido—que es un belga—
me anuncia un puntapié... No necesito
saber ya más. El *esperanto* huelga.

Ahí le teneis.

¿Veis a ese joven, que tan mal se viste.
de barbas lacias y dorados lentes,
tieso, glacial, aislado de las gentes,
doctor en Ciencias y profeta triste,
que niega a Dios, al Ateneo asiste,
condena el duelo, aburre a sus oyentes,
no distingue de extraños y parientes,
ni ama lo externo ni sonríe al chiste;
que es un razonador vegetariano,
que no prueba el alcohol por ser malsano,
y no fuma, y no juega, y es un leño
a los dulces arrullos de una orquesta?
¿Veis a ese joven que a las diez se acuesta?
¡Pues tiene una mujer que quita el sueño!

A una mujer.

Cien tarjetas postales.

1

¡Ay! Si tú me creyeras, alma mía,
mil cosas increíbles te diría.

2

¿Que soy poco para ti?
Si soy el que más te quiere.
¿Quién hay superior a mí?

3

¿Que es pecado? Desecha ese recelo.
¡No nos faltaba más que ese cuidado!
Pues si todo lo bueno es un pecado,
di: ¿de qué cosas se compone el cielo?

4

Te esfuerzas en agradar.
¡Cosa más particular!
Tú debieras esforzarte
en pasar por cualquier parte
como una mujer vulgar.

MCD 2022-L5

5

Cuando dos que se quieren con locura
nos ponderan su amor, cosa es segura
que citan a Abelardo y a Eloisa,
a Leandro y a Hero, y tantos otros...
siempre, siempre, ¿no es cierto? Y a nosotros
siempre, también, ¿verdad?, nos da una risa...

6

Usas para agradar, ¡qué humilde eres!
los recursos que emplean las mujeres.

7

Mi pensamiento está en tí.
¡Ay, mis propios pensamientos
cómo se apartan de mí!

8

¡Qué bonita te hizo Dios!
Bien arrepentido se halla
al ver que no entra en el cielo
la gente que antes entraba.

9

Según mi madre dice, lloré yo anoche tanto,
que se acercó a mi cama por ver qué me ocurría.
Precisamente anoche dormí mejor que un santo

por no soñar contigo... Mas, calla, vida mía...
¡Por eso! Ya me explico la causa de mi llanto.

10

Que tu boca es grande, dijo
no sé quién, un majadero.
¡Grande! Tu boca, de fijo
que no le ha dicho: «¡Te quiero!»
Que se lo diga tu boca;
¿A que le parece chica?
¿A que le parece poca,
si de ese modo se explica?

11

Tanto bien te deseo, que a Dios pido
—sólo por ti—que me haga tu marido.

12

Que tienes *ángel* me dicen.
Que tienes *aquel* también.
¡Ya estoy temblando, alma mía!
Dime: ese Angel, ¿es aquel...?

13

¡En jarras!
Qué cántaro más bonito
para serenar el agua...

MCD 2022-15

14

Está á la cabecera de mi cama,
en vez del crucifijo, tu retrato;
desde que allí lo he puesto
me voy siempre á mi casa más temprano.

15

Me haces sufrir con tal arte
que me encantas. Siendo mía,
no tendría
la dicha de desearte.

16

Cuando tu alma tienda el vuelo
al cielo, y tu cuerpo a poco
baje á enterrarse en el suelo,
¡ay! voy a volverme loco
entre la tierra y el cielo.

17

Baila, contenta; ríe
como una loca;
coge las castañuelas
y canta y toca;
grita con brío...,
que no se oiga el lamento
del amor mío.

MCD 2022-L5

18

Esa cara tan rica
los crímenes mayores justifica.

19

Dijiste en tono burlón:
—¡Qué Enrique de mis pecados!—
¡Ay! Qué más quisiera yo.

20

Casi siempre que te encuentro
con esa melancolía,
perdona, es una alegría
la que me corre por dentro...

21

En cierto cantar leí:
«No hay amor con alegría.»
Y pensando en ti y en mí,
¡cuánto te agradecería
que te quejaras de mí!

22

Sentándote a mi lado,
todo lo que por hábito condeno,
llega hasta a parecerme santo y bueno.
Se me borra la idea del pecado.

MCD 2022-15

23

Te encuentro demacrada.
Eso será, tal vez, por no amar nada.

24

Médicos y boticarios,
curas y sepultureros
te bendicen sin descanso.

25

Tú me enseñaste a querer;
¡cara la lección cobraste,
que te me has llevado toda
mi alegría de estudiante!

26

Cuando a un hombre pregunto
si te conoce o no, y él, muy sencillo,
contestando que no, pasa a otro asunto...
¡qué infeliz me parece el pobrecillo!

27

Hoy uno me ha preguntado
si has roto un plato en tu vida...
Yo sólo le he contestado
—y es verdad— que me has dejado
sin plato y ¡ay! sin comida.

MCD 2022-L5

28

«Amor» con los ojos dices;
con la boca dices «odio».
Pero es muy chica tu boca,
y son muy grandes tus ojos.

29

Ahora sientes el tiempo que has perdido...
¡Si me hubieras creído!

30

Contigo en mí la risa tiene un amigo.
También tiene una amiga la risa en ti.
Yo con nadie me río más que contigo,
tú de nadie te ríes más que de mí.

31

Dices que al hombre conoces;
que olvida, ingrato, después...
Si quieres que yo te deje
ya sabes lo que hay que hacer...

32

¡Qué ufano salgo a la calle
después de estrechar tu mano!
¡Cómo saldría de ufano
después de estrechar tu talle!

33

Hoy me has dado una alegría:
sin querer te has sonreído
cuando yo me sonreía.

34

Que te hablen de amor hay muchos;
que lo sientan, menos ya;
que hablen y quieran, muy pocos;
como yo, yo nada más.

35

Siempre que vas a misa—lo he notado
y lo nota cualquiera—,
repite el cura «Dóminus vobiscum»
más veces que debiera.

36

Preguntas ¿qué es la vida y qué es la muerte?
Quererte y no quererte.

37

Tú eres la copla del pueblo
—y no te ofendas, chiquilla—
andas en boca de todos
y ninguno dice: es mía.

38

¡Qué dichoso me haces, oh!
Para ser feliz de veras,
¿qué importa que no me quieras?
Basta que te quiera yo.

39

Son tu espalda y tu cuello
lo más bello que existe en carne humana.
¿No has reparado en ello?
Pues ya sabes que tienes lo más bello.
Y ahora el descubridor, ¿qué es lo que gana?

40

A los toreros, en broma, imitas,
y eso es lo que haces en realidad:
Juegas con uno; luego le citas,
y al fin le matas... Y esas bromitas
tienen un fondo de crueldad.

41

Por ti los hombres se pierden
así que miran tu rostro;
pero en seguida se encuentran...
Y en el mismo sitio todos.

42

Sé que has reconocido, agradecida,

que te quiero yo más que esos idiotas.
Yo lucho por vencer, y eso me basta.
Ya vencedor, desprecio las coronas.

43

¿A qué esa actitud sombría
casi siempre que me encuentras?
No bajes la frente, mientras
yo no pueda alzar la mía.

44

¿Das las gracias a Dios? ¡Qué bobería!
Tú dámelas a mí, pichona mía.

45

El buril y el pincel están en guerra
porque quieren los dos perpetuarte.
Cuando te hayas marchado de la tierra,
¿podrá engreirse con razón el Arte?
¿Te da el mármol calor y movimiento?
¿Te da el lienzo relieve?
No. ¿Por qué, pues, se atreve
(oh, ridículo intento!)
el Arte a retener con mano aleve
lo que es un fugitivo monumento,
tanto más inmortal cuanto más breve?

46

¿Porque todo abismo atrae
cierras la boca? Bien hecho,
que el que allí se acerca, cae.

47

Cuando te veo entre los tipos raros
que te hacen el amor, me acuerdo siempre
de esas fuentes tan puras de los montes
rodeadas de latas y papeles.

48

Yo no sé lo que me pasa
cuando paso por delante de tu casa.
Será acaso
el afán de entrar en ella cuando paso.

49

¿Que todos te hablan igual?
Pues es claro, el mundo entero.
Y no ha de hablarte mortal
que, si es contigo sincero,
diga nada original.

50

Piensan los sabios mucho, noche y día;
sacan de lo que piensan adelantos;

y yo, que pienso más en tus encantos,
¡nada he adelantado todavía!

51

Los amigos que me ven
me aconsejan que te olvide...
¡Creen que olvidar es un bien!

52

Cuando me fijo en tu busto,
pudorosa me lo ocultas.
¿Por qué contestan tus manos
si mis ojos no preguntan?

53

No pongas la cara seria,
que la que seria es bonita
es más bonita risueña.

54

Tan grande es mi cariño,
que aguanto valeroso tus desdenes,
y si dulce me miras y a mí vienes,
¡me echo a temblar como temblara un niño!

55

El dictador más bravo,
viendo tu majestad se siente esclavo.

MCD 2022-L5

56

Yo, como todos los hombres,
he definido el amor.
¡Tiempo perdido! En tu cuerpo
está la definición.

57

Los poderosos te asedian;
yo—el humilde—sigo terco,
¿cómo no ven mi grandeza?

58

Bien mío, no me preguntes
por qué te quiero. ¡Por qué...!
Todo «por qué» siempre es triste...
no sé por qué.

59

No me quieras; yo a ti sí.
Sigamos los dos así.
¡Qué horrible mi vida fuera
si yo a ti no te quisiera
y me quisieras tú a mí!

60

Muera el buen militar en campo abierto,
en la jaula de hierro el domador,

el torero en la arena de la plaza...
¡y entre tus brazos yo!

61

Para espantar a tus novios
tengo un sistema infalible:
les cuento lo que te digo...
y se retiran humildes.

62

No me vuelvas la espalda. ¿Te he ofendido?
Si es para que la vea,
muy bien, eternamente agradecido.

63

Dejan los hombres el mundo
pensando en lo que vendrá.
Yo vine, te he conocido
y no quiero saber más.

64

Tras de dar vueltas a mil sandeces,
todas indignas de tu persona,
voy a dejarme de timideces,
que al que es sincero se le perdona,
para decirte: mona, remona, requetèmona...
y esto aumentando mil ochocientas noventa veces.

65

Tengo miedo a un despertar
que, por dicha, aun no ha venido:
el de luego de soñar
que yo era al fin tu marido.

66

¡Qué delicia tu amor, hermosa mía!
¡Qué ventura quererte!
Sólo tengo una pena chiquitita...
y es que tú no me quieres.

67

Todo mi amor te he dado;
¡todo! Ni el amor propio me ha quedado.

68

Siempre que bajas los toldos
de tus balcones, me digo:
—¿Por quién cerrará los ojos?

69

Cuando el mantón ondeas con tal donaire,
aventas las cenizas de mi pasado,
y mi pasión dormida llamea al aire...
Nada, que estoy cogido. Me has fastidiado.

MCD 2022-L5

70

Estate quieta y no dudes
que inspiras tú muchas cosas
sin recurrir a actitudes
picarescas y graciosas.

71

No envidio a esa rosa ahí,
que toda flor se consume,
pero a su perfume sí;
¿y cómo no, si el perfume
se mete dentro de ti?

72

Digo al verte gentil y seductora:
¡Ay, desgraciado del que nace ahora!

73

Cuando tus pies chiquitos
bordan el suelo,
siento las carrerillas
por todo el cuerpo.
¡Quién fuera alfombra
de esos pies menuditos
que el suelo bordan!

74

Te abrigas con un manguito
que es la piel de un sér que amó.
Quizás el animalito
al verte en el campo huyó...
Y hoy, cuando al paso del viento
su pelo suave se eriza,
hundes tu boca un momento
en su piel resbaladiza...

75

No tiemblo. En tu mirada
está toda mi vida disculpada.

76

Para probar que te amo
quieres que exponga mi vida;
y si la pierdo, ¿qué gano?

77

Dices que no me burle
de las cosas sagradas,
y después de decirlo
te ríes de mi amor a carcajadas.

78

Cuando tú estabas tan malita, yo
mejor que nunca estaba. ¿Cómo no?

¡Ay! La salud que se escapó de tí
¿dónde iba a refugiarse sino en mí?

79

Ni me hace rico la Lotería
con su gran premio de Navidad,
ni tú me quieres, gitana mía...
¡Mejor! Soy débil y no podría
resistir tanta felicidad.

80

Las esperanzas que, cortés, me quitas,
luego, con un sofión, las resucitas.

81

¿Que ni con tu novio encuentras
la felicidad? ¡A ver!
Con él menos has de hallarla,
pues la tendrá toda él.

82

No me mires de ese modo
tan risueño y tan bonito,
que así miras a los otros.

83

Necesitan las perlas
para lucir mejor, una garganta;

pero la tuya encanta,
y no es posible en tu garganta verlas.

84

Me encanta el alborear;
las flores se desperezan,
se esparce la luz, empiezan
los pájaros a cantar...
Viéndome solo, te digo
que gozo cuando amanece.
¡Pero cuánto me entristece
ver amanecer contigo!

85

Tan bellísima eres
que... ni te injurian las demás mujeres.

86

Parece que tienes pena.
Cuando de mí no la tienes,
de nadie debes tenerla.

87

¿Crees que no sé qué decirte?
Sí, sé; lo que no sé es cómo
decirte, bien dicho, eso
que se les ocurre a todos.

MCD 2022-L5

88

Sé que se burla de mí
un «Don Juan» de gran cartel,
porque me muero por tí...
¡Sólo por sufrir así
ya soy superior a él!

89

Muchas veces de lejos te seguía,
y al pasar tú, la gente se volvía,
ponderando los hombres tu salero.
Yo, ¡qué cara pondría!
que un guardia, cierto día,
vino a mí y, lastimero,
dijo:—¿Se siente malo el caballero?

90

Dime: ¿En estos momentos,
qué piensas? ¡Ay, no pienses
que me vas a robar mis pensamientos!

91

Es tal tu picardía,
que ríes tú para que yo no ría.

92

¿Quieres que te lo repita?
Pues, no; no te lo repito.

Siquiera tendré el consuelo
de que no me lo has oído.

93

Un problema profundo:
Antes de tú nacer, ¿por qué motivos
habría agitaciones en el mundo?

94

Suelen decir los que de veras quieren:
—¡Por ti diera la vida!—
Yo por ti todo menos eso, porque
sin ella, ¿te vería?
Diera mi libertad: encarcelado
te verían mis ojos.
Y hasta mis ojos: te vería ciego;
pero sin vida, ¿cómo?

95

Por gustar más, ¿no es así?,
buscas los trajes más bellos...
Pues déjalos, que son ellos
los que se visten de ti.

96

Tu figura gallarda
a un tiempo envalentona y acobarda.

97

¿Por qué me miras así?
¿Por qué ofreces lo que luego
no vas a querer cumplir?

98

Mucho me has elevado.
Temo que, como el águila en la altura
cuando suelta su presa, ya segura,
me hagas caer en tierra desplomado.

99

No me pongas esa cara,
que no tengo yo la culpa
de que tú me enamoraras.

100

No es que tenga esperanzas, nena mía.
Ni he de hacerme ilusiones. Sólo aspiro
a que sepas, no más, idolatría,
a hacerte ver que para ti respiro.
Convencerte un momento
—sin que cruce la duda por tu frente —
de la inmensa pasión que por ti siento.
Con eso me contento solamente;
¡ya ves con qué poquito me contento...!

MCD 2022-L5

El frío de anoche.

Anoche, a una chiquilla
rubia trigueña,
que tiene muchos humos
y me desdeña,
hice en casa un soneto;
pero tan malo,
que si lo leen algunos
me dan un palo.
Abrí el balcón entonces
(medida sabia)
y lo tiré a la calle
con mucha rabia.
Cerré el balcón, ¡apenas
estuvo abierto
y creí, con la helada,
quedarme muerto!
Me acosté y... buenas noches.
¡Ah! Necesito

que conozcan ustedes
el sonetito:

«Rubita celestial por quien yo peno:
dice un dicho vulgar de nuestra tierra
que en el amor, lo mismo que en la guerra,
cuanto se haga está bien y todo es bueno.

Te desafío impávido y sereno.
Si el valor personal en ti se encierra,
sé astuta una vez más; nada me aterra.
Engáñame, cruel; dame veneno.

Pégame con tu mano, que bendigo.
Es en lucha de amor toda arma honrosa;
haz lo que quieras sin piedad conmigo...

Pero déjame tú, rubita hermosa,
que una vez nada más, solo contigo,
haga una cosa yo, sólo una cosa.»

Pues bien; hoy, como siempre,
muy de mañana,
iba yo a la oficina
de mala gana,
chupándome los dedos
y contraído...,
cuando piso en la acera,
blanco, encogido,
un papel frío y duro.
Lo leo, y era

mi soneto. Decía
de esta manera:

«Rubita por quien yo peno:
dice un dicho de esta tierra
que en el amor y en la guerra
todo lo que se haga es bueno.
Te desafío, sereno.
Si el valor en ti se encierra,
sé astuta; nada me aterra.
Búrlame; dame veneno.
Pega; tu mano bendigo.
Aquí toda arma es honrosa;
haz lo que quieras conmigo.
Pero déjame tú, hermosa,
que una sola vez, contigo,
haga yo sólo una cosa.»

La explicación que me hice
fué muy sencilla:
el frío heló los versos
y la cuartilla;
y al encogerse, entonces,
el papel, ¡claro!,
se encogieron los versos.
No es nada raro.

MCD 2022-L5

Dos en uno.

No sólo soy un poeta,
sino que valgo por dos.
¿Queréis que pruebe este aserto?
Pues un poco de atención:
Dos hermanitas gemelas
y más hermosas que un sol,
me pidieron unos versos.
¡No supe decir que no!
Empecé haciendo los de una,
y la otra se me enfadó.
¡A un tiempo había de hacerlos,
pues ninguna era *menor!*
Otro, ¿qué hiciera en mi trance?
¿Negarse a escribirlos, o
perder el cariño de una
y tener resignación?
Porque, ¿quién dos poesías
hace *a un tiempo?* Sólo Dios;

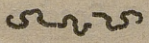
y desp ués (con el permiso
de mis enemigos), yo.
Escuchad, pues, un momento
la que hice a Circuncisión
(con la que me ligan cosas
que nunca sabrá el lector):
«Blanca como la nieve;
pelo obscuro. La frente reducida;
grandes ojos; pie breve.
Cutis duro. Nariz delgada erguida.
Labios rojos. En alto la cabeza.
Mira y anda con énfasis de diosa.
Su voz manda. Creó naturaleza
para encanto de todos su belleza.
Yo la canto. Serena y bondadosa
solo dice su honrado pensamiento;
dulce y tierna saluda, y con la mano
nos bendice. Su rostro soberano
dicha eterna nos pinta en un momento.
Su alma pura se asoma, inmaculada,
por sus labios, y es cielo entre dos nubes.
Brilla el cielo también en su mirada.
Nunca agravios lanzó, que es de querubes
la dulzura sin par de su lenguaje.
Por el suelo deslízase; su huella
no es posible seguir, que el paso de ella

es invisible. ¡Estatua es con ropaje
de criatura humana!...»
Esto le escribí en su álbum.
—exhausto de inspiración—
y me salta su hermanita
(que es María de la O):
—¿Y la mía?
—Aquí está hecha.
—¡Embustero!
—¡Es usté atroz!
—¿Dónde está?
—Pues dentro de ésta;
¿quiere usted copiarla?
—Voy.
Y *con las mismas palabras,*
sin ninguna alteración,
le dicto *otra* poesía,
hermana de la anterior:
«Blanca como la nieve; pelo obscuro.
La frente reducida; grandes ojos.
Pie breve. Cutis duro.
Nariz delgada, erguida. Labios rojos.
En alto la cabeza. Mira y anda
con énfasis de diosa. Su voz manda.
Creó Naturaleza para encanto
de todos su belleza. Yo la canto.

Serena y bondadosa, sólo dice
su honrado pensamiento; dulce y tierna
saluda, y con la mano nos bendice.
Su rostro soberano dicha eterna
nos pinta en un momento. Su alma pura
se asoma, inmaculada, por los labios,
y es cielo entre dos nubes. Brilla el cielo
también en su mirada. Nunca agravios
lanzó, que es de querubes, la dulzura
sin par de su lenguaje. Por el suelo
deslízase; su huella no es posible
seguir, que el paso de ella es invisible.
Estatua es con ropaje
de criatura humana!...»

Y abriendo las dos los ojos
de una manera feroz,
se me quedaron mirando,
presas de inmenso estupor.
Una tuve que escribir
antes que otra; ¿cómo no?
Pero hice las dos *a un tiempo*,
quedando bien con las dos,
como una de las hermanas
—dígalo si no un doctor—
saldría antes que la otra
de la maternal mansión.

Quedar bien con ellas, siempre
fué cosa que me gustó.
Ahora, poetas, decidme:
¿Valgo o no valgo por dos?



La poesía en la oratoria.

(Discurso pronunciado en el Ateneo de Madrid la noche del 30 de enero de 1906.)

Defensa del "Madrid Cómico,,.

Señores: Con timidez
me levanto a hablar aquí.
¡Tened compasión de mí,
porque es la primera vez!
(Risas.)
Amante de esta Sección,
y empapado en sus asuntos,
trataré de algunos puntos
que se han puesto a discusión,
para rebatir—espero
que con pocas energías—
las malsanas teorías
del Secretario primero.
Mi buena fe, honrada y pura,
bien clara se manifiesta
con decir que yo soy de esta
Sección de Literatura.
No sueño con la oratoria,

porque yo con nada sueño,
pero sí tenía empeño
en hablar de la Memoria,
cuyos méritos proclamo
—y sin rodeos lo digo—;
la Memoria honra a mi amigo
Bernardo G. de Candamo.

(Risas.)

Esa risita es pueril,
pues se ignora todavía
si esa G sola es García,
Gutiérrez, Gómez o Gil.

(*Una voz*: González.)

¿Es González? Bueno; pues
González es su apellido.
Perdonad; se me ha ocurrido
todo menos lo que es.
Y sigo, si este concurso
no me escucha con enojo.

(¡No, no!)

Gracias. Voy a ver si cojo
el hilo de mi discurso.
Entre otros temas ya añejos
que dejo a gente más ducha,
como es la perenne lucha
de jóvenes y de viejos,
nuestro primer Secretario,

en este salón magnífico
del Ateneo Científico,
Artístico y Literario,
con una gracia exquisita,
pero punzante y biliosa,
nos dió a entender en su prosa
—magníficamente escrita—
que *Madrid Cómico* fué
el periódico festivo
que hubo en Madrid más nocivo;
y yo pregunto: ¿Por qué?
¿Qué es lo que ha hecho *Madrid Cómico*
en su dilatada vida?
Verter la sal sin medida
y por un precio económico;
llamar al sabio profundo
y al vate que ríe y llora...
Lo que están haciendo ahora
Blanco y Negro y *Nuevo Mundo*.
¿Que eran sandeces enormes
lo que entonces se escribía?
Perdone su señoría,
pero no estamos conformes.
Es decir, no es que defienda
aquel texto en absoluto:
lo malo no lo discuto,
que lo que fué no se enmienda.

¿Es que hoy se avanza? Me alegro;
pero en los días actuales
¡también dan cosas fatales
Nuevo Mundo y *Blanco y Negro!*
Ha salido por ahí
una porción de sandeces
lo menos ocho o diez veces,
las veces que yo escribí.
Pero ni todo es ameno,
ni todo merece el palo;
lo bueno va con lo malo
y lo malo con lo bueno.
Antes, como hoy, era justo
dar amplitud al periódico,
y así, por un precio módico,
a todos se daba gusto.
¡Madrid Cómico! ¡Oh! ¡Sulfura
ver las cosas que hoy se imprimen!
¡Veinte años bajo ese crimen
de lesa literatura!...
Como habla de él la Memoria
algo más de lo preciso,
paso—con vuestro permiso—
a hacer un poco de historia.
Ese engendro de la imprenta
que nos ha hecho *tanto daño*...
nació en enero del año

mil ochocientos ochenta.
Vamos a ver si me explico:
de aquel *fatal* semanario
fué el director propietario
Miguel Casañ—que era rico
Alvaro Romea—un hombre
de talento y de energía—
era el que lo dirigía
para darle fama y nombre.
Y con tal subdirector
hiciéronlo, no muy mal,
Constantino Gil, Vital
y el padre de un servidor.
Estos son los fundadores
del periódico en cuestión.
¡Señor Candamo, perdón
para esos cinco señores!
¿Quién más puso en él sus manos?
Pues, ¡mire usted qué demonio!
Alarcón (don Pedro Antonio)
y Mesonero Romanos,
Guerra y Orbe, Fernanflor,
Tamayo y Baus, Bobadilla,
Picón, Hartzenbusch, Zorrilla,
Núñez de Arce, Campoamor,
García Gutiérrez y...
otros prosistas y vates

que no hacían disparates,
digo..., me parece a mí.
Creció el negocio, y después
un joven muy avispado
—que era Sinesio Delgado—
lo compró el ochenta y tres.
Y aquel papelucho pésimo,
que fué un almacén de ripios,
vivió bien hasta principios
del actual siglo vigésimo.
Esta es, en globo, su historia,
porque no necesitamos
pormenores; y ahora vamos
otra vez con la Memoria.
¿Por qué causa fué, según
su autor en ella señala,
esa revista, *tan mala*
para el sentido común?
Por lo que son, sin duda,
las de ahora; porque hoy día
se lee cada poesía
que ¡si Dios no nos ayuda!...
Allí se hacía—no es guasa—
redondillas al casero,
a una vecina, al portero,
a la tinaja de casa...
Hoy se canta a los sudarios,

al lirio, a la albuminuria,
se hace triste la lujuria
y se monta en dromedarios.
Y yo que no quiero gresca
ni bromas con la mortaja,
me quedo con la tinaja
porque me hace el agua fresca.
Recuérdese, sin encono,
que en aquél *periodiquín*
vivió Jackson con «Clarín»
—que siempre se hallaba *a tono*—.
Pues esto lo hace actualmente
cualquier revista moderna,
y Pérez Zúñiga alterna
con Jacinto Benavente.
Cuando el trabajo se esparce,
no hay escritor que se estorbe.
Se leía a Guerra y Orbe,
se leía a Núñez de Arce...
El que siente el «fuego sacro»
busca a Rubén, a Petrarca...
el vulgo, que poco abarca,
prefiere a Celso, a Fiacro...
No hay que ser exclusivistas;
todo gusto es respetable.
¿No me pongo razonable,
señores ateneístas?

¡Por Dios! No todo ha de ser
tesis, dolor y esas cosas;
tiene que haberlas graciosas,
puramente de placer.
Perdonad, si, a mi manera,
represento en dos figuras
estas dos literaturas:
la de *peso* y la *ligera:*
Galdós. ¡Columna! ¡Pirámide!
¡Faro! ¡Obelisco! Galdós
en el Parnaso es un Dios;
yo beso humilde su clámide.
Pero ¿no es digno Taboada
también de un poco de incienso?
¿No tiene un relieve inmenso
en su esfera limitada?
Dedicad, pues, un aplauso
a don Luis y a don Benito.
—Ya sé, lo siento infinito,
el mal efecto que os causo—.
Pero no siempre es tan hondo
lo que los *grandes* escriben,
y a veces lo que conciben
los *chicos* tiene su fondo.
De lo dicho se desprende
que nada en el mundo sobra;

MCD 2022-L5

nada. Admirando la obra
de todos, nadie se ofende.
Nada hay muy bueno, además;
y nada hay muy malo, pues
lo más malo, a veces, es
lo que nos enseña más.
Más aún: la aquí impugnada
literatura pueril,
superficial, infantil,
que no dice casi nada,
es de curso obligatorio
para todo adolescente;
allí el niño inteligente
estudia el preparatorio.
Esa es la Filosofía
de todo escritor que empieza;
perdería la cabeza
si ahondara en Psicología.
Dad al hombre en embrión,
a un pequeño, un plato fuerte,
y ocasionaréis su muerte
con alguna indigestión.
Tenéis, pues, aquí – y no abogo
jamás por ningún nacido –
a Zúñiga convertido
en un sabio pedagogo.
Si cuando era yo un infante

llego a leer a Rubén
en su «Responso a Verlaine»...
¡reviento, pero al instante!
Yo, muchacho, al hombrear,
cuando hacía un serventesio
me iba a Sinesio, y Sinesio
me enseñó a versificar.

(Murmullos.)

A *versificar,* se entiende;
poetizar hasta hoy día
no es rimar; la poesía
ni se enseña ni se aprende.
Pero siempre se ha enseñado
a escribir los versos tersos
y limpios--como los versos
que hace Sinesio Delgado—.
Poesía... Lucha o calma;
sentimiento dulce o fuerte...
¡La poesía la vierte
el que la lleva en el alma!
Y a sentir, si soy un bolo
—como me temo bastante—
no me enseñarán ni el Dante,
ni Homero..., ni el mismo Apolo.
Y aparte esta digresión,
voy a seguir, si es que puedo,

porque sin querer me enredo
con tanta argumentación.
Esto, que es claro y fatal
en toda literatura,
en Música, en Escultura
y en Pintura pasa igual.
El niño ha de recibir
las impresiones primeras
en esas obras ligeras
que nunca deben morir.
Un muñequillo de yeso,
una polka, un «bodegón»,
gustan al niño, y no son
vituperables por eso.
Es natural que un impúber
que no padece ni peca,
prefiera un tango de Chueca
a una sonata de Schubert.
Y el hombre ya, viejo o joven,
querrá, sin duda ninguna,
un cuadro del Greco o una
sinfonía de Beethoven.
Ha de haber artes y artistas
para todas las edades.
¿No digo grandes verdades,
señores ateneístas?
Además, no todo el mundo

tiene la misma cultura;
gente hay que en literatura
se aburre con lo profundo.
¿Cuándo un cochero de Baüer
ni cuándo un ama de cría
sabrán la filosofía
de Nietzsche o de Schopenhäüer?
Pues eso es lo que hizo ¡aquel
Madrid Cómico maldito!:
recrear al erudito
y a los mozos de cordel.
Por eso se hizo enseguida
tan popular en España;
¡y ahora...! Mas, no se empaña
la aureola de su vida.
Mi defensa no es valiosa,
pero a ver quién me responde:
¿Dónde está, señores, dónde
su influencia perniciosa?
Por su intención sanguinaria,
otro hubiera cometido
más daño, de haber vivido:
La Anarquía Literaria,
en donde lo de más bulto
de su número primero

era el insulto grosero
y nada más que el insulto.

(Sensación.)

Sí. No me andó por recodos.
A todos se *sableó*,
y a aquel monstruo lo engendró
la cobardía de todos.

(Rumores.)

¡Sólo el recuerdo me exalta!
A guerra provocó, audaz,
en vez de querer la paz
¡que nos hace tanta falta!
Dejo a aquel feto salvaje
que ahogado en su rabia misma
murió sin óleo ni crisma,
—puesto que yo no le traje—,
y sigo: esto que hace todo
periódico popular,
viene haciéndose a la par
en el teatro, a su modo.
No todo ha de ser teatro
de *ideas* o simbolista,
un teatro modernista
que divierte a tres o cuatro.
Vengan veneno y cuchillo,
vengan; mientras se respete

al entremés, al sainete,
a la loa y al pasillo.
Porque el público de palco,
por más que se satisfaga
viendo a un muerto que divaga
y que deja el catafalco,
también quiere la alegría
de esos cuadros que Cruz hizo,
y ama el sainete castizo
que aplaude la galería.
Ponen *tienda* y *tenderete*
el periodismo y la escena;
y el *Madrid Cómico* llena
su misión: es el sainete.
—Ya comprenderá muy bien
mi amigo el señor Candamo,
por qué más que todos amo
este género y por quién.—
A usté le da pesadumbre
la masa efusiva y necia;
mejor dicho, usté desprecia
a la ignara muchedumbre,
a ese núcleo popular
que llora y se ríe a coro...
Y yo le adoro, ¡le adoro,
no lo puedo remediar!
Usté es escritor de altura,

muy grato a las Musas bellas;
yo ante ellas—y lejos de ellas—
tengo *muy poca estatura*.
Usté infiltra sus pesares
al intelectual adusto...
Yo hago reir, y doy gusto
a niños y militares.
Me mira usté *de alto a bajo*
y más cuadra a su caletre
casaca de petrimetre
que mi ropilla de majo;
pero un pensador profundo
como usté, de ningún modo
podrá negar que de todo
tiene que haber en el mundo.
Yo soy necesario aquí
para admirar siempre a usté,
y usté es preciso que esté
para desdeñarme a mí;
pero los dos en persona,
si honramos al genio patrio,
traspasaremos el atrio
del templo de Alma Helicona...
También yo de estas materias
algo sé, si bien no es mucho,
y a veces hablo y me escucho
como las personas serias.—

De modo que no hay ningún
periódico semanal
que no tenga su caudal
en el acervo común.
Luego hago bien cuando observo
que *Madrid Cómico* no
fué funesto, pues llevó
la parte suya al acervo
Todos, en fin, todos tienen
papel en la humana farsa;
protagonista y comparsa
para algo a la escena vienen.
Y ya, para concluir
y probar que ¡hasta yo vengo
a este mundo porque tengo
una misión que cumplir!,
os voy a citar, no un sáfico:
un hecho, si esto me es lícito.
Procuraré ser explícito,
y pondré un ejemplo gráfico:
Figuraos una función
de circo, en cuyo programa
prometen nombres de fama
prodigios de sensación.
Sale una chica que gusta;
su aparición se celebra,

y saca allí una culebra
y un oso blanco que asusta.
Se enrosca al cuello la víbora
que la oprime y la sofoca
y oculta el rostro en la boca
de aquella fiera carnívora.
Después un hombre, alto, recio,
con rapidez sin igual
da el doble salto mortal
del uno al otro trapecio.
Luego, muy alto, se ve
que un chico con cara de hambre
pasea sobre un alambre,
y tiembla, inseguro el pie.
Uno duerme a pierna suelta:
sobre él pasa un automóvil;
despierta, se queda inmóvil
y espera que dé otra vuelta.
Aquél se arroja del techo;
éste bucea entre llamas;
se dislocan unas damas;
se retuerce un contrahecho...
En fin, que si un ejercicio
da espanto, el otro da horror,
y pasa el espectador
un verdadero suplicio
por el miedo de que pierda

la *Miss* su vida a zarpazos,
o viendo hacerse pedazos
al chiquillo de la cuerda.
Todo es ansias y temores
mirando a un hombre entre el fuego,
o ante aquel macabro juego
de huesos...; en fin, señores,
tanta salvajada junta
¿quién ve durante tres horas?
¿No tendrían las señoras
todos los pelos de punta?
¿Que el público acabaría
por gozar de ese suplicio?
¡Ah!, pues eso es, a mi juicio,
mucho peor todavía;
y abusar de esa emoción
es de mucha gravedad,
porque mata la piedad
y deprava el corazón.
Pues bien: ¿No es muy conveniente
que salga un clown con ingenio
a la pista o al proscenio
para calmar a la gente?
¡Claro! Cuando se le mira,
la imaginación, cansada,
vuela libre, sosegada...
y el pecho entonces respira.

MCD 2022-L5

Si un ejercicio estremece
hace falta algún descanso;
pues sale el clown, *hace el ganso*...
¡y el alma se lo agradece!

Ya un músico saltimbanqui
que alza un arco de escaleras
y toca en unas colleras
una canción rusa o yanki;
ya un torpe que no hace nada
y tropieza con la alfombra...,
uno, en fin, de buena sombra,
que pacifica y agrada.

Hay un instinto brutal
que en nuestro fondo dormita;
cuando despierta y se excita
con impulsos hacia el mal,
una caricia sincera,
con amor, le vuelve al sueño...
que es lo que hace el clown, risueño:
acariciar a la fiera.

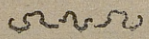
En el gran circo, el gimnasta
es usté, ¡coloso artista!...
A mí con dar en la pista
dos volteretas, me basta.

Y si usté no me hace caso
por ser atleta asombroso,

MCD 2022-15

yo me quedo muy gustoso
con mi papel de payaso.
Pero no debe olvidar
que a veces suele ocurrir
que el atleta hace reir
y el payaso hace llorar.
Y basta. No por capricho
hablé tan extensamente;
era un deseo vehemente,
sincero y filial.

HE DICHO.



La poesía en la crónica.

(Trabajos periodísticos.)

TOROS

Desde el 10.

(La séptima de abono.)

Y vamos con la séptima de abono.
La entrada, regular; la tarde, buena.
Salta a la arena cálida un gallardo
colmenareño.
Se abre de capa el «Gallo», y, elegante
dos verónicas dá, clásicamente;
luego la gente le ovaciona en una
larga cambiada.
De Moreno y «Salsoso» cuatro heridas
saca el noble «Azuceno», bravo y fuerte.
Cambian de suerte; y los peones prontos,
cogen los pinchos.
Un arpón nada más cuelga el «Pinturas»,
y otro también «Blanquito», el veterano.

Sigue mediano el esperado tercio...
¡Lástima grande!
Y, tras el brindis de cajón, «Gallito»,
de oro y grosella ataviado, empieza
con gran limpieza su trasteo, y pasa...
pasa y se adorna.
Pincha, mas no es certero; y a entrar vuelve
y el pobre Rafael no halla el desquite;
torna y repite, y tras el cuarto golpe
dobla el de Aleas.

—

Se abre el chiquero. «Valenciano» asoma,
y le invita «Pepete» a un capotazo,
capote al brazo, que desdeña el toro,
raudo siguiendo.
Con Medina, por fin, y con «Ronquillo»,
cuatro veces pelea en lid reñida.
Pasa enseguida a palitroques. Sigue
noble el morucho.
Y «Recorte» y Bazán salen del paso
con dos pares y medio regulares.
Poco es dos pares; pero, en fin, callemos;
menos es nada.
Dicho al usía el obligado brindis,
«Pepete», muy formal, de verde y oro,
se va hacia el toro y le presenta la amplia
flámula roja.

Le da, ni bien ni mal, catorce pases,
que acepta el animal en lucha franca.
«Pepete» arranca, y en la cruz, hundido,
deja el estoque.
Ovación al muchacho. Vuelta al ruedo.
Le obsequia con calor la muchedumbre.
Como es costumbre, el matador devuelve
gorras y blusas.

—

«Pinturas» (no el peón) ligero sale,
y en vano, ante él, «Relámpago» despliega
para la brega su capote... ¡En vano!
¡Corre el cornudo!
Pican el «Chano» y el «Melones chico»;
éste cae del caballo al descubierto,
y hoy no está muerto porque el «Gallo» al quite
rápido acude.
«Perdigón» y «Africano», con tres pares
cumplen. «Relampaguito», de oro y lila,
riendo, enfila al que el cotarro rige,
y habla y perora.
Manda al estribo a todos, ¡hasta al «Gallo»!,
y humilde, Rafael, ni cacarea.
Sólo trastea, y con coraje el hombre
tírase a fondo.
Rueda el torero, le acomete el bruto;
no corre sangre, ileso se levanta...

Y el «Gallo» canta, la anterior ofensa
dando al olvido.

Triste el «Hojalatero», de la obscura
prisión deja la paz. Tardo, acomete.
Pone en un brete a los que lanza en ristre
van sobre pencos.
Después de cuatro varas, sobre un palco
alguien un lienzo de carmín menea;
y al que le ondea, la irritada plebe
llámale ¡burro!
¿Por qué el bruto inocente va a las llamas?
¿No le halla al fin quien de verdad le cita?
La gente grita, y «Blanco y el «Pinturas»
asan su lomo.
El «Gallo»—expectación—coge los trastos,
y no hace nada de su nombre digno.
Calla benigno el público. Esperemos
la hora suprema.
Pero ¡ay!, que pincha mal, y a pinchar vuelve
mal, y da media mal; y la impaciencia
surge... ¿Indulgencia? No. Más que el astado,
brama la turba.

Y sale el quinto, «Rondador de nombre,
que cumple en varas bien, pues cinco toma.

La gente, en broma, los puyazos suma.
—¡Fíjese usía!—
«Perdigón» y Bazán dos pares cuelgan
y medio. Buenos los de aquél. Las almas
que hay, baten palmas. Y «Pepete» al duelo
marcha animoso.
Torea al natural, sereno y cerca,
y, tras una faena muy bonita,
la vida quita a su rival temido
de una hasta el puño.

—

Asoma «Jaquetón», que cierra plaza,
y toma, como el otro, cinco puyas.
«Chano», en las suyas, del concurso logra
palmas nutridas.
El «Perdigón» y el «Chiquilín» emplean
pocos segundos en clavar sus palos;
¡pero muy malos! (no los palos mismos;
léase pares).
Y, en fin, «Relampaguito», muy valiente
después de una faena algo movida
da a la corrida término con una
buena estocada.

—

Quiero a Manolo y a José García
darles mi parabién por su ganado.

¡Bien se han portado sus esbeltos toros,
bellos de veras!
Esos que pastan en los prados verdes –
cerca de Chozas de la Sierra—, fríos,
que hacen sombríos las que allí se elevan
hoscas pedrizas.

La Prensa (24 de mayo de 1908.)

Música.

Conciertos en el Teatro Real.
Orquesta Sinfónica de Madrid.

(Temporada de Primavera de 1907.)

CONCIERTO PRIMERO

El sábado empezaron los conciertos
con los palcos desiertos;
también en las butacas faltó gente.
La clase linajuda
se fué a otros espectáculos, sin duda,
más *alegres* tal vez... Pluma, detente.

No le conmueve a nuestra gente joven
la hermosa «Leonora», de Beethoven.
La *suite* en *re,* de Bach, le importa poco;
y el «Oberon», de Weber..., ¡psch!..., tampoco.
¡Oh, *scherzo* de Méndelssohn, soberano,
de «El sueño de una noche de verano»!

Al verte en el cartel, muchos huyeron
diciendo a voces que tu sueño era
el sueño de una noche en primavera.
Los «Preludios», de Listz. ¡Bellos preludios!
—Ellos hacen la dicha
del que está dedicado a esos estudios—
(exclama el que prefiere una machicha).
La quinta sinfonía de Dvorack
es poco interesante
para el que está pendiente de su *frac*.
Es la llamada «sinfonía negra»,
y ya su sobrenombre
nos dice que no alegra;
pero, ¡ay!, que a veces se equivoca el hombre.
«La cabalgata, en fin, de las Walkyrias
es mucha cabalgata.
—*¡Pero tanto galope da la lata!*
Nada, que no fué gente a ese concierto.
¿No habrá una aristocrática señora
que abone a sus amigos? Sí, por cierto.
¿Dónde está esa afición que hubo hasta ahora?
A mí me da rubor. Esto está muerto.

—

Nuestra infanta Isabel estuvo, es claro;
y la Eulalia gentil. (Tampoco es raro.)
En las alturas, ¡oh, daba alegría

ver a la muchedumbre silenciosa
oyendo la armonía
de ese mar de sonidos que rugía
con wagneriana voz impetuosa,
o que dulce gemía
con la voz de Méndelssohn misteriosa...
La orquesta, como siempre, clara, justa:
Arbós la entiende; se le aplaude y gusta.
El pueblo soberano
—para el que no hay diseño que se pierda—
obligó a repetir, jovial y ufano,
«El sueño de una noche de verano»
y la gran *suite* que realzó la cuerda.

—

Sociedad de Conciertos, soy tu amigo;
escucha y piensa en lo que aquí te digo:
Si quieres que la gente
llene el Teatro Real semanalmente,
invita a las muchachas más bonitas,
regala palcos bajos y plateas,
y ya verás después, si las invitas
(aunque vayan también algunas feas),
cómo los *pollos* de Madrid asisten
y compran sus butacas;
¡verás cómo se visten
y llenan el teatro muy contentos

para ver a *Loló* que, descotada,
presume, seria, de virtud estoica!...
Aunque luego se duerman
oyendo la «Patética y la «Heroica».

SEGUNDO CONCIERTO

Antes de anoche, sábado, tuvimos
el segundo concierto,
que fué, como el primero de la serie,
predicar en desierto.
Quiero decir, que a palcos y butacas
tan poca gente fué que daba pena;
en las alturas sí, mucha gente y muy buena.
Con la Princesa Beatriz estuvo
nuestra reina Victoria;
y la Infanta Isabel (¿qué duda cabe?),
puntual, como siempre, aunque se sabe
a todos los autores de memoria.

—

Se oye un revuelo general. Empieza.
Alguien manda callar y refunfuña.
Se aplaude a Arbós, que baja la cabeza,
sube el atril y la batuta empuña.

—

Es «La flauta encantada» lo primero.
La gente oye a Mozart y aplaude un poco.
Esta obertura es seductora; pero
nadie, a decir verdad, se vuelve loco.

Una joven incauta
pregunta a su papá que, distraído,
hojea un libro de papel con pauta:
—¿Dónde están los encantos de la flauta?
¿Sonó la flauta ya? No la he oído—,
Luego «Unos cantos populares rusos».
Tampoco los aplausos son profusos.
Tan sólo una muy linda
«Leyenda de los pájaros» complace.
Bis. Pero, ¿está la gente satisfecha?
Pues, la verdad, Liadow no satisface.
Después, «Tristán e Isolda».
Esta composición grande y difícil
no a todos los espíritus se amolda.
Arbós, que ya ha hecho de ella un gran estudio,
con escaso vigor y algo deprisa
nos hizo oir «La muerte» y «El preludio».
Ahora viene «La sexta sinfonía»,
colosal, soberana;
que enamora, suspende y extaxía...
No hay que deciros que hablo
del que es orgullo de la raza humana,
del padre de la Música: Beethoven.
Se celebró con entusiasmo y brío.
Arbós la lleva bien, a juicio mío.
Hablando de la «Sexta Sinfonía»
un caballero un día

dijo que *dura más que un par de botas,*
por querernos decir: ¡si tendrá notas!
Larga sí es; pero la frase aquélla
con esas palabrotas
no me parece a mí frase muy bella.
Con «El buque fantasma»
no hubo lo que otras veces, y es muy raro;
casi siempre entusiasma.
Por vez primera se tocó el *scherzo*
del gran Berlioz; la obra
pasó con gran esfuerzo.
Pertenece a una hermosa sinfonía
de «Romeo y Julieta»;
tiene una orquestación muy delicada;
le aplaudieron algunos, pero... nada.
«La Reina Mab» y «El hada de los sueños»
no vieron nuestros ojos muy risueños.
Para final, Tschaikowsky.
«Mil ochocientos doce». Una «obertura
solemne».—¡Qué hermosura!...—
dicen muchos. Oigamos; me interesa:
... Trompetazos... Campanas... Marsellesa...
¡Qué confusión de notas!... Gritos... Preces...
Mucho ruido, lector... y pocas nueces.

—

Vaya; salgo a la calle. Hay pocos coches.
Hasta el sábado treinta. ¡Buenas noches!

MCD 2022-L3

TERCER CONCIERTO

Con mucha menos gente
que en los pasados días
se dió el tercer concierto.
Ocupo mi butaca tristemente;
escucho las primeras melodías...
¡y me siento feliz en el desierto!

—

Obertura de «Freychutz»; digna hermana
de la obertura de «Oberon», de Weber;
si aquélla juvenil, ésta lozana.
Viene luego el *andante* del divino
cuarteto en *re* para instrumentos de arco,
de Tschaikowsky. Ovación. Nada imagino
más dulce, ni más suave, ni más fino...
No quiero ser en el elogio parco.
Lo repite la orquesta. ¡Bien por ésta!
Insistentes aplausos a la orquesta.
Después «Fiesta académica», obertura
de Brahms, que no le pone a gran altura.
Brahms es, según se dice,
una de las tres B B B (Bach, Brahms, Beethoven);
pero ésta es la tercera, la *barata;*

la *bonita* y la *buena* son las otras.
(No sé si mi opinión será sensata).
«La Sinfonía séptima», de Schubert,
aun no ha entrado de lleno;
pero en cada audición gana terreno.
El *andante con moto*
produce en todas partes alboroto.
Es muy difícil de tocar con esa
claridad que se exige;
pero Arbós la dirige
con acierto tan grande, que no pesa.
La «Tarantela», de Saint-Saens, agrada;
es un juego, un capricho, uua monada
para que dos solistas – los señores
Yuste y González—con la flauta uno
y otro con clarinete, hagan primores;
y flauta y clarinete en esa pieza
quedaron bien, aunque a alguien no le guste
ver haciendo *fermatas* con limpieza
a González y a Yuste.
«L'aprés midi d'un Faune», de Debussy.
¡Oh, qué preludio, amigos! ¡Esto sí
que tiene inspiración! Es modernista
– en el mejor sentido –.
Ya en el primer compás salta a la vista,
digo, salta al oído,
que el autor del preludio es un un artista,

Hecho sobre un égloga pagana
de Mallarmé. Es un fauno
que sueña con las ninfas,
y piensa que las llama
con la flauta de Pan. ¡Qué poesía
tiene! ¡Qué vaguedad en la armonía!
Fué repetido. Debussy, señores,
entre los grandes músicos del día
es, si el primero no, de los mejores.
Le llaman *anarquista de la música*
porque rompe con todo; le parece
Wagner un ñoño, un rutinario, un nadie.
«Los maestros cantores»
dieron fin al concierto. Conocidos
de todos son; por todos aplaudidos...
Y es la hora de cerrar. Adios, señores...

CUARTO CONCIERTO

Sábado, seis de abril. Cuarto concierto.
Seguimos siendo pocos, pero advierto
que hay diez personas más. Yo nada influyo;
¿por qué, pues, hubo anoche *tanta* gente?
¡Ah, ya! Tonto de mí... Por la potente
voz abaritonada de Tabuyo.
Fué la Infanta Isabel con la Princesa
Beatriz, y la Eulalia con su hijo.
El programa interesa
por Tabuyo, quizás... Y yo me aflijo.

Schubert: *alegro moderato*, parte
de una gran sinfonía no completa.
¡Qué pena para el Arte!
Este tiempo es precioso; es de un poeta.
El *andante* un encanto;
y se aplaudió también, aunque no tanto.
La «Francesca de Rímini»—Tschaikowsky—
es una fantasía
rica en color y llena de energía.
Su asunto es el amor profundo tierno
de Pablo y de Francesca;
y pinta la lujuria en el Infierno,

según la colosal obra dantesca.
Tschaikowsky es quizá el hombre
más discutido aquí. No sé su historia.
A mí, si me fastidia, es por su nombre;
no consigo escribirlo de memoria.
Se estrenó la «Primera»,
sinfonía de Brahms. Al tan selecto
público parecióle algo confusa,
y aplaudió con tibieza... Fué correcto...
En la tercera parte del programa
estaba lo mejor y de más fama.
Mucho silencio y atención, señores:
«Los maestros cantores».
Con el preludio aquel del tercer acto
no quedó todo el mundo estupefacto;
pero yo sus reservas atribuyo
a la impaciencia que reinaba entonces
por oir el monólogo a Tabuyo.
Y al fin llegó el precioso
monólogo de «Hans Sachs», en que el solista
soltó su extensa voz con gran reposo
como era de esperar en tal artista.
Alguno no quedó muy satisfecho,
y a eso yo nada arguyo;
pero sí debo hacer constar un hecho:
y es que el «Hans Sachs» lo repitió Tabuyo.
La «Danza de aprendices»

y la «Entrada y cortejo de maestros»
nos hicieron a todos tan felices
y estuvieron los músicos tan diestros,
que se hartó de aplaudir el paraíso,
y no se repitieron baile v marcha
únicamente porque Arbós no quiso.
Luego con «Los murmullos de la selva»
quedó el público extático un momento.
¡Ay! ¡Quiera Dios que vuelva
a tocarse otra vez ese fragmento!
Con «El fuego encantado»
para final, Tabuyo hizo lo suyo.
Cantó muy bien y fué muy celebrado.
Yo envío mis aplausos a Tabuyo.

—

Y se acabó el concierto alegremente
marchándose la gente
muy satisfecha del programa, cuyo
principal atractivo era Tabuyo.

—

QUINTO CONCIERTO

Día trece de abril. Quinto concierto.
Veamos el programa.
Cinco maestros de envidiable fama:
Bach, Beethoven, Dukas, Tschaikowsky y Wagner.
Tres alemanes, un francés y un ruso,
de los que no se gastan por el uso.
¡Ah, pues será un concierto muy bonito!
Esperemos a ver al *publiquito*...
El rey, la reina, los infantes, toda
la real familia a su teatro asiste.
¿Y el público de moda?...
Bueno, gracias. Le aburre tanta «coda»...
Y al grano voy, porque me pongo triste.

—

Es singular lo que pasó. Beethoven,
el músico más amplio y más profundo,
fué el que menos gustó. Su «Coriolano»
no parecía escrito por la mano
de ese gigante que recorre el mundo.
La cuarta sinfonía de Tschaikowsky
dió qué decir. Se repitió el *scherzo*;
¡pero es tan desigual la sinfonía!
Unas veces encanta, otras hastía.
Ya es un genio el autor, ya es un mastuerzo...

El gran concierto en *sol*, de «Brandeburgo», de Bach, fué lo mejor. ¡Qué obra más bella! ¡Qué vigorosa inspiración aquella! ¡Qué abundante raudal de filigranas! Se repitieron dos de sus tres tiempos, y se quedó la gente con más ganas.

En general, produjo muy buen efecto «El aprendiz de brujo». Un *capricho sinfónico*, inspirado en la balada célebre de Goethe. A ratos inspirado; todo él es humorístico, y tan graciosamente instrumentado, que nos produce sensación extraña, y entre sustos y risas nos emboba viendo volar la escoba al conjuro del mago que se engaña. Se repitió el *capricho* con alguna protesta. Es muy difícil de tocar. La orquesta venció y le hizo aplaudir, como ya he dicho.

¿Qué contar del «Idilio de Sigfredo? ¿Y del «Viage por el Rhin? Pues, nada; como siempre, gustaron... Y no puedo seguir. Se da principio a la tirada.

SEXTO CONCIERTO

¿Para qué repetir que fué la infanta
y que era muy escaso el auditorio?
«Sin el amor que encanta,
la soledad del ermitaño espanta»
(decía Campoamor y Campoosorio).
«Pero es más espantosa... (y deja yerto)
la soledad del «Real» cuando hay concierto.

—

«Casse-Noissette», de Tschaikowsky (¡Zurra!) En esta
deliciosa obertura
tocó el señor Enguita la «celesta»,
que acompañó a la orquesta
con su agradable voz, todo dulzura.
La «Fée Dragée» y el baile de los chinos
se tocaron dos veces. ¡Son divinos!
La «Invitación al vals», tan conocida,
una vez más entusiasmó a la gente,
y no fué repetida
por no cansar al director paciente.
Weber es colosal. Berlioz, prendado
de ese gran vals, lo instrumentó a su gusto,
y avaloró la obra. Enamorado
Weintgartner, a su vez, lo ha instrumentado

con gran inspiración—decirlo es justo—;
y hoy, entre gritos de entusiasmo y palmas,
la «Invitación al vals» mueve las almas.
Segunda sinfonía
de Brahms. Es algo oscura. El tercer tiempo
se repitió. Para entenderla, habría
que oirla más; al menos,
esa era la opinión de los *morenos*.
La *suite* en *si menor*, de Bach, ¡inmensa!
Deja el alma suspensa.
¡Qué inspiración tan fresca y tan lozana!
Allí el señor González, gran flautista,
probó que es un artista,
y nos hizo aplaudir de buena gana.
El minué se repitió, aclamado;
y el capricho final, que es un dechado.
La genial «Marcha fúnebre», de Wagner,
impresionó, como sucede siempre.
También fué repetida.
Salió a la perfección. Vino en seguida
«La entrada de los dioses al Walhalla»,
y la gente aplaudió; pero ya había
muchos deseos de dejar la sala.
Y yo escapé a correr. Hasta otro día.

SÉPTIMO CONCIERTO

El concierto de anoche fué en gran parte
una repetición de otro pasado;
poco, pues, lector mío, he de contarte.
Pidió el escaso público abonado
la sinfonía séptima de Schubert,
y volvimos a oirla. Es muy hermosa.
«Los maestros cantores»
por vez segunda oímos. ¡Oh!, y es cosa
de oirlos otra vez, ¿verdad, señores?
¿Gustó el «Anacreón», de Cherubini?
A medias, nada más. Se aplaudió un poco.
No es, en verdad, para volverse loco.
Tampoco hizo furor el picaresco,
«Carnaval en París». Es un poema
alegre, de color muy pintoresco,
donde hay como un recuerdo en cada tema.
Pero la gente se encontraba fría.—
Es que no lo ha entendido todavía—.
Si algunos se molestan, que dispensen
mi afirmación; pero hombre,
un poco más se merecía Svéndsen.
En cambio, «En las estepas

de Asia Central» gustó. Fué repetido.
Es un cuadro poético y sentido.
—Bajo el fuego del sol duerme el desierto:
allá, en la lejanía,
se oye la melodía
muy vaga y muy confusa
de una grave y severa canción rusa.
También una canción voluptuosa
de sabor oriental, se oye lejana...
Es una caravana
que cruza la llanura silenciosa.
En la misma armonía se confunden
una y otra canturia..., y atraviesan
la planicie arenosa... Ya se pierden
de vista. Sólo el eco
de su triste cantar se siente. Torna
la abrasada llanura
a dormir bajo el sol. Todo es silencio,
soledad y quietud, calma y tristura...—
Se aplaudió a Borodin con insistencia.
Aquí se desquitó la concurrencia.
El gran concierto en *fa* de «Brandeburgo»
del portentoso Basch, nos supo a gloria.
La labor de la orquesta
es verdaderamente meritoria.
Los solistas González,
Francés, Coronel (hijo) y Torregrosa

fueron muy aplaudidos; y el *andante*
tuvo que repetirse. ¡Qué brillante!

Y quedan tres conciertos.
En uno de los próximos prometen
tocar algo escogido
de jóvenes artistas españoles.
Ya es hora de que prueben ante el mundo,
que no les amedrentan
fugas, *semicorcheas* ni *bemoles*.

OCTAVO CONCIERTO

Veintisiete de abril. Concierto octavo.
¡Buen programita! ¡Bravo!
Rompe el silencio que en la sala reina
el «Ruy-Blas» de Mendelssohn. Palmas tibias
reciben la obertura.
Corre una frialdad que da pavura.
El divino Mozart, con el «Largueto»
de un hermoso quinteto,
nos devuelve el calor apetecido.
Tocando el clarinete el señor Yuste
nos encanta. El «Largueto» es repetido.
Del «Viaje de Sigfredo por el Rhin»
hace muy poco hablé. No es un prodigio
de ejecución, pero se aplaude al fin.
La quinta sinfonía de Tschaikowsky
se celebró como merece, toda.
Gracias a Arbós, Tschaikowsky está de moda.
El tema principal tiene grandeza;
brilla en todos los tiempos
una instrumentación de tal riqueza,
tan personal, tan *suya,* que cautiva.
Muchos le quieren mal. Yo grito ¡Viva!

MCD 2022-15

La «Rapsodia irlandesa»
pasa sin dejar rastro. No interesa.
La novedad que había en el programa
eran los dos estrenos
de dos maestros jóvenes, sin fama;
y ambos estrenos resultaron buenos.
El maestro Villar nos dió el *andante*
de una gran «Suite romántica» preciosa.
Ovación calurosa.
Llaman a escena al músico triunfante;
pero éste es tan modesto
que se esconde en el foso. (¡Aprended, flores!)
Se repitió el *andante,* por supuesto.
Y si hubiera tenido
algunos más ensayos, ¡ah, señores!
¡Lo que hubiera ocurrido!
La «Canción de la trilla»
es un «cuadro sinfónico» en que brilla
el color de los campos de Castilla.
Muy bien instrumentado.
Viña, el joven autor de este poema,
se ve que es un maestro consumado.
Satisfechos aplauden
hasta los que no entienden los *bemoles*.
¡Muy bien por los maestros españoles!
¿Por qué el señor Arbós, si es patriota,
deja para final de temporada,

cuando el raudal *de fuera* se le agota,
(como si lo español no fuera nada)
lo que hacen nuestros jóvenes maestros?
¿Así es como protege usté a los nuestros?
Al final la obertura de «Tannhauser».
El *fuerte* del *metal* era esperado
y produjo el efecto deseado.

—

Al salir, mucha gente se decía:
—Arbós tiene a Beethoven olvidado.
Señor Arbós, ¿es cierto? ¡Ave María!

———

NOVENO CONCIERTO

Se dió anoche el concierto
con otros dos maestros nacionales;
jóvenes ambos, a cual más expertos,
que si prosiguen con el mismo acierto
harán sus apellidos inmortales.

—

«Rosamunda», de Schubert,
no provocó entusiasmo en las alturas.
Esta es una de tantas oberturas
que ni hielan el alma ni la abrasan;
se hacen oir sin impaciencia, y pasan...
La «Oración» y la «Escena de los Angeles»
de don Vicente Arregui,
es un fragmento musical sacado
de lo que tuvo que enviar a España
cuando se hallaba en Roma pensionado.
Su asunto es el milagro conocido
del gran santo de Asís. Fué repetido.
Aquella orquestación parece angélica;
de viva sensación de poesía
misteriosa, divina, pura, célica...
Hay en Arregui erudición y genio.

Llamado por aplausos calurosos
tuvo que presentarse en el proscenio.
A Manrique de Lara, por la «Escena»
de su «Rodrigo de Vivar», la gente,
—y sobre todo el grupo competente
le aplaudió. ¡Bien, muy bien! ¡Mi enhorabuena!
Acusa aquel pentágrama la mano
de un hondo wagneriano.
¿Que no valemos nada? ¡Caracoles
con estos musiquitos españoles!
La sinfonía de Mozart, ¡qué hermosa!
¡Qué *adagio* aquél! ¡Qué minué! ¡Qué *allegro!*
¡Oh, Mozart! ¡Lo más negro
lo volverías de color de rosa!
El minué se repitió; y no falla:
siempre que suena, el auditorio estalla.
Las otras obras de arte
que componían la tercera parte
se oyeron hace poco:
la «suite» en *si* del gigantesco Basch,
«L'aprés midi d'un Faune», de Debussy,
y «El aprendiz de brujo», de Dukas,
gustaron, como siempre.
El día cuatro
el último concierto de la serie.
Pero ¿y qué? ¡Si es igual! ¡Pobre teatro!

DÉCIMO Y ÚLTIMO CONCIERTO

Como era último día de concierto,
antes de anoche estuvo
el coliseo real *casi* cubierto.
Durante los conciertos no hay dos almas,
pero sabiendo que se va la orquesta
todos acuden a envolverla en palmas.
¡Oh, público elegante! Vete al circo
a ver la agilidad de un hombre gordo.
¿A qué has de ir a aplandir la «Leonora»
si no ha de oirlo desde el cielo ahora
Beethoven, sonriente, porque es sordo?

La quinta sinfonía de Beethoven
constituía la primera parte.
La quinta sinfonía
se ha hecho ya imprescindible, necesaria;
la aplaude el mundo entero: nunca hastía.
Es colosal, inmensa, extraordinaria.
Se repitió el *andante,*
y yo la hubiera repetido entera,
porque se adentra en mí de tal manera...

MCD 2022-L5

Pero, bueno; adelante.
El cuarteto de Bach, de «Brandeburgo»,
hace muy pocas noches que fué oído;
también fué el tierno *andante* repetido;
y los cuatro solistas
volvieron a triunfar. (Cosas previstas.)
Luego el «don Juan», de Strauss, muy bien tocado.
Gustó mucho a la gente.
Es un poema intenso, complicado...
Allí pinta a don Juan dulce, valiente...
Y con sinceridad, y muy a gusto,
aplaudió el auditorio. Fué muy justo.
«Los encantos—¡Jesús! del Viernes Santo»,
de *Parsifal,* se oyeron con encanto;
y la «Fúnebre marcha de los Dioses»
se escuchó con unción: quietos y mudos;
ante ella ya no hay toses,
cuchicheos, bostezos ni estornudos.
Luego, al final, cuando la orquesta calla,
fuerte y rotunda, la ovación estalla.
¡Oh, qué marcha! Da frío.
(Se repitió.) ¡Qué majestad, Dios mío!
Por fin, con la obertura de «Tannhausser».
llegó el delirio al colmo. ¡Bien, Arbós!
¡Bravo, señora orquesta!—Todo el mundo
triste y alegre, les decía: ¡Adiós!..,—

—

Hay cosas que me ponen muy nervioso; pero no vine a enderezar entuertos.

—

Y acabó la serie de conciertos.

(La Prensa, marzo, abril y mayo, 1907.)

El descanso dominical.

Las oficialas de las modistas
—que son muy guapas y son muy listas—
andan ahora muy preocupadas
tras el descanso dominical,
y lanzan quejas muy razonadas
porque las tratan bastante mal.
Fundan sus súplicas
en reales órdenes
sobre el trabajo de la mujeres
y de los niños en los talleres
—las que hasta ahora no se han cumplido—
y esto no puede seguir así.
¡Muy bien, muchachas! ¡Muy bien pedido!
¡Duro, sin miedo! ¡Venga de ahí!
¿Por qué no dejan los obradores,
para descanso de sus labores,
y maniquíes y bastidores,
en toda santa festividad?
Dejad que vayan de bailoteo,
o a algún teatro, o a algún paseo.

¿Es de justicia y es su deseo?
Pues atendedlas, por caridad,
Diosa Terpsícore
con danzas íntimas
en los alegres días festivos
las llama a todas; y ellas, ¿qué hacer?
Pero, ¡ay! rechazan sus atractivos...
No hay más remedio que ir al taller.
«El giro mutuo», salón de baile.
Piano hermoso. Gran ambigú...
—¿Vamos, chiquilla?
—¡No puedo! ¿Y tú?

—

¡Pobres muchachas! ¡Me dáis más pena...!
Seguid con bríos hasta el final,
y que os dé pronto la enhorabuena.
¡Viva el descanso dominical!

La poesía en las cartas.

A la Excma. Sra. Marquesa de la Laguna.

Hoy me ha sentado mi padre
a su mesa de escritorio
y me ha dictado esta carta
entre risas y sollozos:
«Di a la Marquesa que anhelo
con el deseo más hondo,
que pase feliz los días
de mil novecientos ocho.
Dile que si no la escribo
este año como los otros,
es porque me tiembla el pulso
y hago unos signos borrosos.
Dile que no me decido
a visitarla tampoco,
porque especialmente ante ella
no debe estar ningún sordo.
Dile que ando preocupado
con dos cosas que ambiciono:
para mi fama la una,
la otra para mi bolso.
En el Ministerio mío

me toca ascender muy pronto,
¡pero esos treinta mil reales
me temo que no los cobro!
En la Academia Española
yo ningún derecho invoco,
pero quiero un silloncito,
y creo que no le logro.
Dile que ya ve que busco
lustre y *guita*, como todos.
Que estoy sin *gloria* y sin *blanca*
—no le ocurre a ella lo propio—.
Dile que muero envidiando
al que le ha tocado el *gordo*.
viéndole pavonearse
tan risueño y tan orondo.
Dile que angustiado veo
mi porvenir pavoroso,
y que no es moco de pavo
lo que pido entre sonrojos.
Dile que un millón de gracias
por el pavo y por los bollos,
y, en fin, que felices pascuas
y un año nuevo dichoso.»
Calla la voz de mi padre,
y yo, de ingenio muy corto,
en su nombre pongo el mío
y uno a los suyos mis votos.

A María Guerrero
y a
Fernando Díaz de Mendoza.

(En el Teatro Español.)

¡Salud, oh Reyes Católicos
del combatido arte escénico!
— porque su tesoro clásico
reconquistasteis los dos —,
aquí os bendicen los Númenes
por vuestra labor artística,
y Apolo os mira benévolo
con su sonrisa de dios.
Sereno mi rostro trágico
y con risueña carátula,
voy a escribir una epístola
para todos de interés,
suponiendo que la súplica
de Talía, melancólica,
llegaría al Orbe esférico
y a vuestras manos después

Oteando las dos, ávidas,
desde la pindaria cúspide,
hemos visto en el espléndido
coliseo que ocupáis,
bajo las bombas eléctricas
del saloncillo de púrpura,
junto al moderno satírico
y los dos Echegarays,
a un joven pequeño, tímido,
callàdito, muy simpático,
q ıe ha hecho una comedia cómica
llena de sal e intención,
llamada «El valle de lágrimas»
—pero el título es irónico
y la comedia es satírica,
de muy fina observación—.
No es bufa; tiene su mérito
literario, y gran espíritu;
y hasta la nota poética,
que ha dado con sobriedad...
No nos choca: es digno vástago
de un apellido ya célebre
que en estos divinos ámbitos
adora toda deidad.
Y yo, la feroz Melpómene
—que con ternura recóndita
ama a su hermana misérrima,

que es toda gracia y virtud—
quiero en estos octosílabos
—tan impropios de mi clámide—
que a vuestros pechos magnánimos
vaya su solicitud.

Dad ese fruto espontáneo
de intención y de sal ática,
para que se ría el público
francamente alguna vez,
y veréis martes y sábados
gozar a la gente ingenua,
y a la de lunes y miércoles
aplaudirla sin doblez.

Tenéis un plantel magnífico
de actores de gracia ingénita,
que podrán lucir sus múltiples
habilidades allí;
descansáis y cobráis ánimos
para ensayar en el ínterin
todos esos dramas hórridos
que me destináis a mí.

Dad algo a mi hermana, ¡oh Príncipes
del arte contemporáneo!
Y entre los ayes fatídicos
suene una risa. Esto es
lo que, para poner término

a los rasgos de mi péñola,
os pido en estos esdrújulos
con muchísimo interés.

MELPÓMENE.

(1904)

A don Federico Madariaga.

Mi respetable y buen amigo
don Federico Madariaga:
Si es que merezco algún castigo
por mi osadía,
ríñame, y haga
con energía
cuanto usted quiera, fuerte y pronto
con su seguro servidor;
mas sin escrúpulos de tonto
voy a pedirle a usted un favor.
¿Puede usted darme una tarjeta
de la farmacia militar?
Porque me asusta una receta
que me interesa despachar.
Yo no sé el precio
de lo que pide,
porque esas cosas yo no aprecio,
pero si es alto me divide.
Y, la verdad, no me hace gracia
que por buscar cualquier farmacia
tenga que dar lo que no tengo

Esto es, no más, a lo que vengo;
y esto me urge.
Quede el asunto entre los dos,
porque mi padre nada sabe
—y yo estoy bien, gracias a Dios—.
Tengo un amigo que está pobre
y que se encuentra un poco mal,
y hasta que su salud recobre
no cejaré. ¡Mi escaso cobre
paga su afecto fraternal!
No sé qué emplastos o qué purga
quiere tomar el infeliz.
Dice que hay algo que le urga
de la garganta a la nariz.
¡Y me da el pobre cada murga
con lo que toca a su salud,
que inspira pena su inquietud!
Si ese favor de usted consigo,
¿tanta bondad cómo se paga,
mi respetable y buen amigo
don Federico Madariaga?
Mándeme, a cambio del favor,
que hacerle ver su amistad ciega
un gran honor
es para

ENRIQUE DE LA VEGA.

A don Alfonso Retortillo.

Mi ilustre amigo y maestro
don Alfonso Retortillo:
perdonad a un jovencillo
que fué discípulo vuestro,
esta pequeña osadía;
pero a no estar muy seguro
de vuestra bondad, os juro
que yo no os escribiría.
Alumno vuestro es Gonzalo
González Labarga, pues
vuestra ciencia estudia; y no es
ningún estudiante malo.
Pero no siendo «oficial»
é ignorando vos su nombre,
no sabéis, señor, que es hombre
de mérito excepcional.
Por lo cual, con gran respeto,
os hago—aunque mal—su esbozo.
Es trabajador el mozo,
muy formal y muy discreto.

por unmenjurje.

y solo aspira, prudente,
ajeno a toda malicia,
a que, haciéndole justicia,
seáis con él indulgente.
No en este pliego se entienda
que os le recomiendo a vos,
porque diréis:—¡Vive Dios!
Y a ti, ¿quién te recomienda?
Es esto, que humilde os digo,
un deseo singular
que me permito expresar
al maestro y al amigo.
Y por si tenéislo en cuenta,
mostrándoos siempre galante,
sabed que el dicho estudiante
tiene el número *noventa*.
También siente el mismo afán
mi buen padre, que, de fijo,
pliego como el que os dirijo
sus manos os mandarán.
Y confiando hijo y padre
en que a ambos agradaréis,
mandar tranquilo podéis
aquello que más os cuadre.
Reprensible libertad
es ésta que me he tomado,

mas sabed que la ha engendrado una profunda amistad.

Adiós, pues, que presto llega la hora fatal del examen.

Dudad, señor, de que os amen como

ENRIQUE DE LA VEGA.

A don Mariano Miguel de Val.

¡Oh, querido y simpático Val!
Ante todo y por todo, ¿qué tal?
Yo, chico, tal cual;
pero tú me darás la salud
como apruebes mi solicitud.
Mis hermanas, ilustre Miguel,
me aseguran que en este salón
les dijiste con frases de miel,
revelando una firme intención,
que las cuatro vendrían aquí
—con invitación
y gracias a ti—
para ver la solemne función
con que honran así
los poquísimos genios que hoy hay,
al genial don Jozé Echegaray.
Los asientos reclamo de ti
con voz débil y humilde actitud,
y un esclavo verás de ti en pos
como apruebes mi solicitud.
Dame cinco billetes, ¡por Dios!

no me digas que se haya *au complet*
porque quieren oir a Moret.
Además, toma parte Galdós;
además, toma parte Cajal.
¡Oh, querido y simpático Val,
como tú yo no creo que hay dos!
Tú me has dicho mil veces también,
cuando de ellas me hablabas tan bien,
que su asiento será el principal
mientras tú tengas puesto oficial.
Hazlo, ¡oh, vate!, y mi seco magín,
al sonar de mi pobre laúd
tu saber cantará y tu virtud,
en rimas sin fin,
como apruebes mi solicitud.

A don Enrique de Mesa.

(En el Paular)

¿Que me esperabas? Quizás,
pero yo creo que no.
Ir a la sierra... ¡Qué más
hubiera querido yo!
¡Oh cumbre de Peñalara,
donde la nieve se arroya
y deshecha en agua clara
baja al valle del Lozoya!
¡Valle al que dan alegría
sus huertecillos risueños!
¡Fresca y silenciosa umbría
de los árboles pradeños!
¡Oh cigüeñas que en la torre
hacéis sagrado el nidal!
¡Oh lagartija que corre
a hundirse en el abrojal!
¡Oh...! Pero, basta, no sigo;
los encantos de Natura
no son, adorado amigo,
la causa de mi tristura.
Si es agradable la nieve,

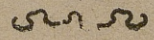
más lo son los blancos copos
de la moza que se mueve
trajinando entre los chopos.
¿A mí qué, si la Cartuja
es románica o mudéjar?
Lo que hacia el valle me empuja
es el vinillo de Béjar;
es el aceite y las *bolas*,
y el derrote del *morlaco*,
y el ver quebrar al «Patolas»
presumiendo de «Machaco»;
el griterío, los bailes,
el rum-rum de la guitarra...
no las celdas de los frailes,
ni el frescor de la Najarra.
Es, ya sabes, Rascafría,
con su polvo, con sus viejos;
es esa loca alegría
de que estoy ahora tan lejos.
Es... pero creo que no...
Tampoco es eso. ¡Ya ves
si sufro! Es algo que yo
deseo y no sé lo que es.
No es el campo, ni la gente...
¡Ay, mi idolatrado amigo!
Es pura y sencillamente
que no estoy allí contigo.

MCD 2022-L5

A don Manuel Ortiz.

Como mi paga es tan corta,
pensar en nada es tontuna,
de manera
que, pues el don poco importa,
salgo de paso con una
cerilla.
Y no me digas que es fútil
este chisme
que está usando medio mundo;
¡no hagas, jugándolo inútil,
que me abisme
en el dolor más profundo!
Si me escuchas,
te diré que alces la tapa
de ese espacioso recinto.
Caben muchas
cerillas. «—¡Valiente papa!- »,
diras, mirando a Jacinto.
Pero obsérvala despacio:
todo, aunque no lo aproveches,
se utiliza;
porque, además de ese espacio,

tiene un hueco para que eches
la ceniza.
¿Ves qué bien? De sobremesa
ya no buscas
los fosforitos crueles,
y ya ante la caja esa
no chamuscas
servilletas ni manteles.
¿Y esa otra tapa? ¡Ahí es nada!
¿Que tanta instrucción te enfada?
¿Que me chillas?
Pues oye, aunque luego me aspes:
esa es para que allí raspes
las cerillas.
Y, en fin, le he puesto tu nombre
para que no vaya a manos
de otro hombre;
tuya es sólo;
empero, amigos y hermanos
pueden usarla, Manolo.
Muchas dichas te deseo.
Ya que adoras a Himeneo
con fe ciega,
¡pídele que versifique
con más corrección

ENRIQUE DE LA VEGA!

Y aquí termina el libro,
dice un antiguo refrán:
«El que da lo que tiene
no está obligado a más.»